

INDEPENDENTISMO... Y MÁS

Malos tiempos para la lirica

“Malos tiempos para la lirica”, decía la letra de la canción del grupo Golpes Bajos en los años de la *movida*. En Cataluña, la lirica hoy día está de moda. Muy de moda. Demasiado de moda. Sinceramente, creo que ahora mismo es lo único que predicen algunos representantes políticos para presentar ciertos temas a la opinión pública. Temas a los que se quiere maquillar con la música de la lira para que pase desapercibida la falta de consistencia de algunas estrofas de la letra.

La lirica, ese género literario que supone una expresión de sentimientos altamente subjetivos y personales que pretenden ser despertados también en aquel que los escuche y que contiene, sobre todo, vivencias personales e íntimas del autor expresadas de forma carmínica, y en el que prevalece a veces más la forma en que se dice que lo que realmente se dice, no puede ser convertida en la fórmula de explicación política de ciertos temas, y desde luego no puede ser usada para intentar presentar como común y compartido por todos un sentimiento, concepto o idea —en este caso, el de la independencia— que, al menos en el caso de Cataluña, no parecen sentirse como comunes ni compartidos por la mayoría. Y, sobre todo, no pueden ser presentados como un simple envoltorio atrayente para disimular un contenido diferente. Aunque esto último debería ser propio de cualquier discurso político.

“LA INDEPENDENCIA QUE SE PROPUGNA ES UN CONCEPTO EMANADO, SIN DUDA, DE CUESTIONES ECONÓMICAS, DE NÚMEROS Y CUENTAS”

Esa independencia que se trata de transmitir líricamente, y que no tendría que ser sino un nexo común de necesidad real ante una situación de falta de libertad o de opresión que impidiera a una persona, o, llegado el caso, a un pueblo, expresarse y realizarse en su “personalidad” sin más limitaciones que las propias de los demás, no es, ni por asomo, lo que parece vivirse en Cataluña.

La política esconde muchas cosas. E incluso quiere hacerlas pasar desapercibidas para aquellos a quienes se quiere atraer. Ya saben, la lirica de nuevo. La independencia que se propugna es un concepto emanado, sin duda, de cuestiones económicas, de números y cuentas. De dinero. La falta de acuerdo hace años sobre el modelo de financiación de Cataluña ha ido convirtiendo una cuestión fundamentalmente económica en una búsqueda de argumentos que tuvieran algún calado social más

contundente, pero que no dejara entrever tan claramente el objetivo principal de carácter pecuniario y al mismo tiempo sirviera para llevarlo en volandas: ¡ya está! —se dijeron algunos—, ¡la independencia! Había que buscar la lirica para darle forma y así se le fue dando letra y música, lira en ristre, a la cuestión independentista.

Del mismo modo, otras variedades del tema económico subyacen a aquella virtual independencia: las cuestiones internas de Cataluña sobre conocidos y mediáticos temas de dinero (al fin y al cabo, es dinero), muchas de ellas con importantes procesos judiciales abiertos, y sin

perjuicio de la presunción de inocencia, dejan siempre entrever que, al albur de una posible independencia, es mucho más fácil resolver esas cuestiones sin que en las mismas puedan inmiscuirse ya instituciones estatales; o que también, en una hipotética Cataluña independiente, con solo unos pocos partidos nacionalistas alternándose por el poder, las posibilidades de manejar entre unos pocos la nueva nación surgida, pero con las cuestiones que ya le precedían, hace de la idea un caramelito para muchos.

¿Y se piensa en el ciudadano? Creo que no. El ciudadano será, sin duda, el que tenga que resolver con su esfuerzo los posibles desaguisados derivados de ideas poco reflexionadas o quizás caprichosas. Se habla a veces del tema independentista como si fuera un divorcio,



José Díaz Cappa

Fiscal de la Fiscalía Superior de la Comunidad Autónoma de les Illes Balears
Delegado de la Sección de Menores
Delegado de Delitos Informáticos de la Fiscalía Superior de la C.A. de les Illes Balears
Profesor Asociado de Derecho Penal de la Universitat de les Illes Balears



2012 Catalan Independence Protest (86). Foto tomada por Kippelboy y compartida en Wikimedia Commons en régimen de atribución-compartir igual.
<http://bit.ly/1HZn5w1>

en el que basta con que uno no quiera estar junto al otro. Pero este símil es erróneo en un planteamiento independentista, y, de nuevo, como en un proceso de ruptura matrimonial, no solo la cuestión personal existe, también la económica. No se trata solo de separar a catalanes de otros ciudadanos de España: se trata también de repartir físicamente Cataluña, que, como en un proceso matrimonial, antes formaba parte del patrimonio común. Y ello, sin entrar en la cuestión de todos aquellos que, sin estar de acuerdo, se vean abocados a separarse sin quererlo ninguno de los contrayentes.

No es sino cuestión de números también el que tras manifestaciones oficiales de los catalanes en las urnas, y observarse que —y hablo a grandes rasgos— de unos siete millones solo dos o dos y medio aparezcan como eventuales partidarios del cambio hacia la escisión, se pretenda hacer ver, mediante un astuto uso de la lirica política, que el proceso independentista es poco menos que global; que, asimismo, se pretenda hacer creer que los que no han votado “a favor” también lo están, cuando la lógica viene imponiendo la opinión contraria, o, al menos, mire usted, la duda; que unos treinta y cinco millones de personas que hasta ahora son también parte del matrimonio o hijos del mismo (el resto de los ciuda-

danos españoles) ni tienen derecho a participar en su propio divorcio ni mucho menos a opinar o decidir sobre las consecuencias económicas o personales del mismo.

Y eso no es lo peor. El problema es cuando con la lirica se puede llegar a hacer creer que muchos ciudadanos piensan que los culpables de una supuesta Cataluña sometida son otros ciudadanos y sean de donde sean. Y ello, indiferentemente de quien tenga o no razón, y sin obviar, por supuesto, los sentimientos reales de unos y otros, sean o no independentistas.

Los números cantan, queridos lectores, también en este tema. Economía y Poder se vuelven a dar la mano y pretenden pasar desapercibidos haciendo uso de miles de liras que con acordes acompañados y atrayentes envuelven la letra real con música melodiosa.

Son malos tiempos para la lirica, pero sobre todo para el uso inadecuado y abusivo de la lirica política. Aquella letra original la cantaban Golpes Bajos. El abuso de la lirica política y sus consecuencias sí que pueden ser realmente golpes bajos.

Con la venia y hasta el próximo número.